

Relato tomado de **La saltadora. Relatos feministas 1991-2014**, de michelle renyé (Mujer Palabra, 2015)

Libro en formato ebook y pdf descargable en mujerpalabra.net – Libros – ebooks

Esta obra se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)
[No se autoriza a ninguna entidad el cobro de ninguna cantidad por el disfrute de esta obra](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)

00. Prólogo	09. Buscando trabajo
01. La saltadora	10. En el edificio torcido
02. Bella y la bestia	11. Llegar a la Puerta Azul
03. La historia del chico griego en la playa	12. Diario de una activista estresada
04. He hecho croquetas	13. Carta desde la zona de conflicto
05. Escribo en un cartón	14. Era amor
06. Gata	15. Dos sueños de cuando la saltadora cayó en un pozo
07. Dinero	16. De cuando la saltadora perdió las malditas partículas
08. El misterio de Chihuahua	17. Regenerando la identidad perdida (Ilustración)

03. La historia del chico griego en la playa

*Dedicado a mis amistades de la red cuya mera existencia
da ganas de todo, da fuerza para todo*

Es un recuerdo de mi adolescencia, borroso casi siempre y preciso en algún detalle. Deseaba intentar contároslo por si os ocurriera como a mí, que pensando esta historia comprendes después lo complejo que es todo, la maraña de hilos que conecta tantos asuntos importantes para las personas individualmente y para las personas en la sociedad.

Se trataba de un chico griego, guapo y grande. Todas sus proporciones y sus formas me parecían preciosas de contemplar. Tenía el pelo negro, de rizados amplios, un poco largo. Los ojos oscuros brillantes con cejas pobladas. Todo el rostro era muy masculino aunque también muy suave debido a su juventud. El cuello, las clavículas, los hombros; los brazos, el torso, las caderas, las piernas; sus manos y sus pies... Creo que en aquel entonces no había visto unas manos y unos pies de una belleza tan equilibrada. ¡Y las uñas! Claras, perfectamente recortadas, ocupando el espacio preciso.

Supongo que estaréis pensando que el chico me gustaba como candidato a novio, o que me atraía como candidato a amante. No, nunca sentí aquello hacia él. Existen otras opciones para los afectos o el placer, aunque culturalmente se nos impida comprenderlas, siquiera pensarlas. (Y cómo te pasas la vida buscándolas, buscando todo aquello que la sociedad no quiere dejarte pensar o comprender jamás.) Yo le contemplaba con la intensidad con la que se disfruta de una obra de arte fuera de un museo; era una escultura griega viva. No sentía hacia él deseo sexual ni amor, platónico o romántico. Era otro tipo de placer. Reunidos en la playa, con rocas altísimas de fondo, rasposas, el mar de sal lleno de formas de vida ignotas extendido hacia el horizonte frente a nosotros, el cielo inmenso y azul sobre nuestras cabezas, con mi hermano, mi madre y la perra haciendo cosas o no haciendo nada, allí, cerca del chiringuito, sentada sobre la arena, yo recibía la imagen del chico griego con el mismo placer con el que recibía todo aquello, en aquel momento pleno: estar ahí, disfrutando de la vida.

El mayor misterio de la escena era que el chico, tímido y afable, se me acercaba, buscaba mi compañía. Yo era una adolescente rebelde para el mundo porque el mundo no quería ver cuánto daño nos hacía a las adolescentes. Y me defendía con mi más eficaz herramienta, criminalizada sin inteligencia en la sociedad, mi tabla de salvación: un carácter fuerte. Si ser adolescente me había



convertido en una pieza para los cazadores, que no dudaban en exponer públicamente su baboso deseo sexual (ese mismo que les lleva a violar si pueden porque no saben separar deseo de tortura, no sólo en las guerras y desastres naturales, también en casa, en la calle, en las luminosas oficinas caras y en los callejones), torturándonos así siempre con su terrorismo de género, acosándonos para que no podamos ni pensar en nuestras cosas, para que no podamos considerar nada que no sea su existencia, su existencia que lo llena todo con su continuada violencia conceptual, de palabra y acción contra todas las mujeres; si ser adolescente me había ubicado en un mundo de extrema violencia contra mi persona y mi mente, asignándome el papel de objeto y de víctima, yo no iba a aceptarlo, iba a rechazarlo con todo mi ser, sin consideración de las consecuencias, porque incluso las consecuencias estaban diseñadas para someterme, para reducirme a ser usada. Opté por las maneras de marimacho y por la personalidad eterna adolescente, es decir, de persona que mantiene la intensidad vital sabiendo que lo va a tener todo en contra, por lo que está alerta y preparada para lo que intentarán: aniquilarte. Ya cambiarás. Cambiarás tú o a mí no me verás. Nunca vas a encontrar novio. Mejor libre que perdida. Con lo mona que podrías estar si... No soy una muñeca. ¿Y qué tiene de malo ese chico? Pinchar mariposas en terciopelo no indica amor sino desprecio. (Me río, aunque la lucha ha sido digna de poemas o películas que no existen; la música, eso sí, siempre ha sonado para quien la pudiera escuchar...) Mientras os cuento esto, a mis ochenta años, el pelo completamente cano, llevo dos coletas, de las altas, y camino descalza cuando quiero, como entonces.

Por qué aquel muchacho, con su sonrisa callada y su mirada calma como un paisaje mediterráneo bajo el sol, quería pasar tiempo conmigo me era desconocido. Supongo que hablaríamos, aunque más bien imagino que sobre todo hablaría yo; supongo que jugaríamos al balón, que saldríamos en exploraciones marinas y a nadar (no a tocarnos bajo el agua, digo a explorar qué había en el mar y a disfrutar nadando). Sé que íbamos al chiringuito, a comer chanquetes, que me volvían literalmente loca (es un decir) porque no me planteaba yo entonces qué eran los chanquetes (peces bebé según supe después, cuando los prohibieron). Un chiringuito que resultó ser de su familia, algo de lo que me enteré el día en que el chico griego me propuso venir a buscarme a mi hotel para que saliéramos a cenar.

Mi madre me miró con la ternura y la picaresca con que las personas adultas miran a las adolescentes cuando creen que vas a hacer por primera vez algo que conocen bien. He de decir que mi madre, a mis 16 años, me había informado sobre dos cosas importantes: que si quería probar las drogas, se lo dijera, porque ella las traería y las tomaríamos juntas pues las sustancias que afectan a la percepción hay que tomarlas sólo con gente que te quiere por si te sientan mal; y que si decidía probarlas sin ella, recordara que probar no era tomar la misma dosis de quienes las consumen habitualmente, si no menos. (Mi madre creía en la educación.) La segunda cosa que me dijo fue: si quieres acostarte con algún chico avísame, y te traigo condones. Tienes que usarlos para no quedarte embarazada y para no contraer enfermedades. Y si te decides por hacerlo sólo con una persona, lo mejor es un DIU.

Yo, con mi desprecio abierto a todo lo que pudiera ubicarme en desear el mundo que me estaba asfixiando e intentando siempre romper las alas, tenía des-

cartadísimas las relaciones sexuales (entonces sólo concebía que pudieran ser heterosexuales, tal es la eficacia del bombardeo ideológico que sufrimos desde bebitas), reaccioné con escándalo ante la idea de que mi madre pudiera concebir que yo pudiera tener algún interés en acostarme con un chico. Si las mujeres estaban ahí para ser usadas al margen de su voluntad, yo no iba a ser una mujer, mientras pudiera evitarlo y defenderme. Rechazaba el mundo del Amor: no pensaba casarme, jamás aprendería a realizar las tareas que se espera que las mujeres realicen sin esfuerzo por su condición de mujer, como cocinar o parir, viviría sola o con amistades; aprendería a conducir, y ganaría dinero con mi trabajo, dinero que además pensaba compartir con quien no lo tuviera. Sería autodidacta en aprender a respetarme, me querría bien. Mi vida no la iba a guiar aquel oprimido papel de reparto, sino un ideal humano: mi creatividad sólo podría ser acogida por una comprensión profunda de la libertad, y mi capacidad de amar crecería en el territorio del verdadero amor, de la solidaridad, nunca en el de la Familia y el Matrimonio.

Me enfureció la mirada adulta de mi madre, por tanto. Como era habitual entonces, me alejé de ella escupiendo fuego y humeante. Pero acepté la invitación del chico griego, porque de la misma manera que intuía que nadie debe forzar a nadie bajo ningún concepto, entendía también que cuando alguien ofrece un regalo, no es amable rechazarlo. Bueno, hubo algo más. Cuando el chico me pidió salir aquella noche, sentí algo que rara vez he sentido, y que de hecho, no me gusta sentir: halago. Ciertamente, palpitaba salvaje debajo de aquel sentimiento la emoción de la aventura... Pero sentí también (y esto sí que me lo había validado la sociedad) como si aquello, que aquel chico me pidiera salir a cenar, me convirtiera en una persona excepcional. Esto siempre es peligroso, yo ya lo intuía, porque si tu excepcionalidad depende de que otras personas así la reconozcan, serás dependiente. Le ha pasado al Hombre en la historia, y le ha generado tal adicción que ha sido capaz de ejercer cualquier violencia para lograr que otros Hombres le consideren excepcional (algo que significa en realidad, que le envidien o teman). Existen muchos tipos de esclavitud, pero ésta es humillante, porque obliga a vivir renunciando al uso de la inteligencia. Por eso desde la Antigüedad, Él siempre ha demonizado el amor al conocimiento en las mujeres, y ha ignorado o torturado a los hombres que no podían renunciar a él. Para Él, no existe más mundo que el del Hombre Sobre la Mujer, no existe ni puede existir un planeta de personas. Jamás ha echado de menos a las mujeres, el poder contar con la mente de las mujeres también para organizar y resolver el mundo, para convivir en él. Su propaganda, difundida hasta la náusea en mitos y en la Historia, las ha presentado como inferiores, malas y peligrosas. El cuento que justifica que se las reprima y explote, el cuento que desde siempre, continuamente, las ha despojado de su condición humana.

Hasta aquel día, el chico griego y yo sólo nos habíamos visto en bañador. La playa no entiende de clases sociales. En cualquier caso, el chico y yo no habíamos considerado qué aspecto tendríamos fuera de nuestro escenario habitual. En el hotel, con mi ropa aún arrugada en la mochila, supe de inmediato qué me pondría: mi conjunto favorito de entonces, un peto vaquero con los bajos deshilachados y el pecho lleno de broches de arcilla que me había hecho yo misma. Iría descalza y con el pelo suelto (Sí —aburrida mortíferamente—, con esos pelos).

A las ocho, salía precipitada del hotel (siempre me ha dado vértigo llegar tarde). El chico griego, vestido elegantemente, estaba de pie junto a una limusina. Esto me hizo reír, primero porque creí que era una broma y luego porque me pareció el inicio de una gran aventura. ¡Qué misterio! Sin darnos un beso, haciendo como que le daba un puñetazo en el estómago a modo de saludo, nos montamos los dos, risueños, en el vehículo. Él iba curioseando los broches de arcilla, uno por uno, y me hacía breves preguntas. Yo las contestaba rápido porque tenía miles de complicadas preguntas que hacerle. Él parecía encantado con todo. Y mientras me respondía a alguna, empecé a descubrir rasgos de su carácter que no me encajaban bien con la belleza de sus formas y la amabilidad de su trato. Sorpresa en emboscada: él sentía, al parecer, que yo debía de estar profundamente impresionada por el hecho de que él tuviera un vehículo lujoso y aquellas cadenas de oro macizo y aquel traje de hombre, con pliegues afilados y rayas. No me hubiera molestado sentirme impresionada por todo aquello, si eso le parecía importante y en correspondencia a su amabilidad de trato hacia mí, pero he de decir que a mí los vehículos no me han impresionado nunca, y creo que es científico añadir que mis afectos estéticos no los suscitan los símbolos del poder y el estatus. (Para que os hagáis una idea, un trozo de sal del Mar Muerto o un collar hecho a mano con bolas de arcilla y trocitos de cosas rotas me parecen regalos emocionantes). El restaurante era de sus padres. No supe por qué, pero aquello me defraudó; era como si convirtiera en falsa aventura toda aquella promesa de noche.

Creo que la cena estuvo bien, respecto a la comida, sólo en eso, porque yo había tenido que ir, gradualmente, replegándome en mí misma, desbordada por tanto descubrimiento de asuntos con los que no había contado y que no me eran gratos, desbordada por aquel chico al que yo no había conocido en la playa, que había aparecido de pronto unido a tantos objetos caros en aquel laberinto de ostentación. Él seguía sonriendo con la sonrisa de siempre, sólo que en el nuevo contexto, le imprimía otro carácter. Su amabilidad, que tanto me había impresionado, empezó a metamorfosearse en una trampa de pétalos de rosa que él iba poniendo a mi paso por el mundo. Debilitada, ciertamente, por las nuevas percepciones que iban cociéndose en mi cerebro, no supe decir "no" cuando me anunció que íbamos a su casa: quería que viera donde vivía y presentarme al resto de su familia.

Acabo de perder interés en seguir contando esta historia. Tengo ganas de salir corriendo al jardín, porque ha empezado a llover y hay una higuera. Me encanta el olor de la higuera.

Resultó que aquel muchacho griego concibió que yo pudiera pertenecer a una mansión llena de nichos con platos de oro e inscripciones en lenguas exóticas. Mi consciencia de que él me había visto libre en la playa, feliz, y que pudiera concebir aquello me aterrorizó. Luchando por mi vida (cómo explicar lo profundo y lo literal que es esto), pregunté dónde estaba el cuarto de baño. Me encerré con llave y salté por la ventana.

Corrí en la noche sin saber a dónde, a pesar de los pinchos y las piedras picudas, a través de un paisaje muy bonito, eso sí, de tierra roja y arbustos verdes, envueltos en la extraña luz de la luna llena. Estuve "desaparecida" muchas horas, las que me llevó alcanzar un lugar con gente. (Un pub con jardín y música negra,

Relato tomado de **La saltadora. Relatos feministas 1991-2014**, de michelle renyé (Mujer Palabra, 2015)

Libro en formato ebook y pdf descargable en mujerpalabra.net – Libros – ebooks

Esta obra se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)
[No se autoriza a ninguna entidad el cobro de ninguna cantidad por el disfrute de esta obra](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)

maravilloso.) Conseguí que alguien me acercara a mi hotel, algo que pasó sin que tuviera, de nuevo, que huir, saltando esta vez de una furgoneta.

En la habitación de nuestra madre, les conté a ella y a mi hermano lo que había pasado, mientras acariciaba a mi perra, que estaba sobreexcitada porque sabía que algún peligro había corrido yo, y supimos de inmediato qué hacer: decidimos buscar al día siguiente otra playa.